

El desmembramiento de Turquía y la cuestión armenia

León Trotsky

12 de noviembre de 1912

(Versión al castellano desde “Le démembrement de la Turquie et la question arménienne”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 250-258; también para las notas. De los archivos, 12 de noviembre de 1912.)

No cabe duda de que en la actualidad se está produciendo una de las crisis recurrentes de la cuestión oriental, y que la guerra en curso es una de las operaciones periódicas y dolorosas que se practican de vez en cuando en el organismo senil del gran enfermo¹.

Este asunto se arrastra desde hace mucho tiempo. No hay un solo aspecto de la cuestión oriental que se haya resuelto por medios pacíficos; a pesar de haber recurrido a toda la panoplia de coerción disponible en el arsenal de las relaciones internacionales, la diplomacia europea se ha mostrado impotente ante la obstinación del gobierno turco, o más exactamente ante su incapacidad para cambiar el actual estado de cosas. También es cierto que la diplomacia es culpable, en gran medida, de haber dejado problemas sin resolver durante mucho tiempo, problemas que a la postre tuvieron un desenlace catastrófico. Pero también es cierto que, incluso con la mejor voluntad y la mayor flexibilidad, Turquía no habría podido evitar ni una sola de las catástrofes que han provocado el progresivo retroceso de sus fronteras hasta las mismas puertas de Asia.

La cuestión armenia, que es uno de los elementos principales de la cuestión oriental, está en el punto de mira de las crónicas, por razones similares a las de la cuestión macedonia. Y si la cuestión macedonia está en el origen de una guerra que debería aportar una solución definitiva a esta cuestión, parece evidente que la siguiente cuestión del día será la cuestión armenia, sobre todo porque la situación armenia siempre ha sido más grave que la de Macedonia. De hecho, la proximidad a Bulgaria ha sido una gran ventaja para Macedonia.

El movimiento revolucionario macedonio siempre encontró apoyo, no sólo moral sino también material, en Bulgaria. Después de cada revuelta fallida, los revolucionarios macedonios pudieron refugiarse en Bulgaria, donde fueron bien recibidos. Además (y éste es el efecto más importante de su proximidad a Bulgaria), Turquía rara vez recurrió a tácticas de mano dura con Macedonia, porque tenía que tener en cuenta la posibilidad de que las constantes amenazas de Bulgaria se convirtieran tarde o temprano en una intervención activa.

La población armenia de Turquía se encuentra en una situación completamente diferente. Incluso en caso de victoria, los insurgentes se vieron obligados a retirarse rápidamente del territorio turco cruzando la frontera persa o caucásica. Pero el gobierno turco no respetó en absoluto la frontera persa y persiguió a los armenios hasta Persia. Además, una vez cruzada la frontera, los armenios se enfrentaban a veces a los kurdos persas, que no eran menos peligrosos que los turcos. Incluso en territorio ruso, los fugitivos armenios tenían que esconderse porque las autoridades rusas no los consideraban víctimas de las terribles condiciones que les imponía Turquía, sino simplemente revolucionarios. Y a los revolucionarios, como es bien sabido, siempre hay que meterlos en la cárcel, vengan de Nicaragua o de Filipinas. Desde 1890 hasta los primeros años del siglo XX, el cincuenta por ciento de las prisiones caucásicas estaban ocupadas por *criminales políticos* cuya única culpa era haber ayudado a sus compatriotas,

víctimas de masacres sistemáticas que horrorizaron al mundo civilizado. Diplomáticos como el príncipe Lobanov-Rostovskij dieron *carte blanche*² a Abdul Hamid para exterminar a los armenios. Funcionarios del gobierno, como el príncipe Galitzin, enviaron a prisión a quienes se atrevían a protestar contra las masacres del sultán.

En realidad, la cuestión armenia, que vuelve a estar de actualidad, nunca ha desaparecido. Simplemente fue menos aguda durante los años 1897-1901, después de que las horribles masacres de 1894-1896³ hubieran reducido a la población a la más profunda desesperación y agotado los recursos de las organizaciones revolucionarias. Además, los armenios habían perdido toda confianza en el poder de intervención de los diplomáticos, lo que había provocado un debilitamiento del movimiento revolucionario. A partir de 1901 se produjo un cierto renacimiento del movimiento, que culminó con la rebelión de Sasun en 1904, dirigida por el famoso Andranik. Sin embargo, esta acción no produjo resultados positivos y Andranik, con unos pocos partidarios, tuvo que abandonar sus montañas natales. A pesar de ello, la intensa propaganda revolucionaria, el armamento de la población y las revueltas esporádicas continuaron sin interrupción. Si Turquía hubiera aplazado la introducción de la constitución, la Armenia turca habría sido escenario de otra grandiosa insurrección, en la que habrían participado tanto turcos como armenios.

La constitución turca suscitó nuevas esperanzas entre los armenios. En realidad, sólo eran promesas de una mejora de su situación, pero los armenios estaban dispuestos a creer en la palabra de los hombres que habían destruido el absolutismo de Abdul Hamid e incluso les habían perdonado las diez mil víctimas de la masacre de Adana⁴. Ni siquiera esta terrible carnicería había hecho tambalear la confianza de los armenios en los solemnes juramentos de los Jóvenes Turcos. El deseo de los armenios de trabajar junto a ellos era tan sincero que el partido armenio más influyente, el Dashnaksutiun, concluyó un pacto formal con Unión y Progreso, el partido de los Jóvenes Turcos. Los dos partidos se comprometieron a apoyar el régimen constitucional y a establecer ciertas medidas de autonomía local, que deberían haber allanado el camino hacia la autonomía cultural y nacional. Poco después, ante la insistencia del mismo partido armenio, el gobierno, haciendo caso omiso de la oposición de los miembros reaccionarios turcos, decidió extender el servicio militar a los cristianos, equiparándolos así a los musulmanes. A finales de 1909, el ministro del interior prepara proyectos de ley sobre los vilayets que prevén la descentralización administrativa y la creación de consejos generales de gobernadores con la participación de representantes del pueblo.

Pero, como suele ocurrir en Turquía, la descentralización se quedó en papel mojado y las promesas del gobierno resultaron ser pura palabrería. Como resultado, quedó claro para todos que la constitución sólo había cambiado la superficie de las cosas, no su contenido. No se realizó ninguna reforma social.

En el último año se han reanudado las masacres sistemáticas en las provincias armenias, que recientemente han alcanzado proporciones aterradoras. En los últimos seis meses, desde marzo, sesenta armenios han sido asesinados y doscientos heridos y deportados sólo en el vilayet de Van. Los llamamientos al gobierno central, y las protestas contra la inercia de las autoridades locales, no han surtido efecto. Los responsables de estos asesinatos siguen en libertad y prosiguen su acoso con el beneplácito de las autoridades. A este respecto, la respuesta del ministro del interior a las protestas del patriarca armenio es edificante: “Me parece que todo es normal”, dijo, “no son más que los crímenes de siempre. Básicamente, si no hubiera estos actos de violencia, ni siquiera necesitaríamos un gobierno.”

Quedaba claro, pues, que los armenios volvían a ser abandonados a su suerte y que las masacres de su pueblo se asemejaban a una estricta normalidad. Así que, por primera vez desde la proclamación de la constitución, la fatídica cuestión armenia volvía

a estar en el orden del día. Las noticias sobre las atrocidades cometidas en Armenia fueron publicadas por periódicos armenios, que lanzaron así indirectamente un llamamiento a la opinión pública europea, al tiempo que ignoraban a Turquía.

La política tradicional de la casta dirigente turca hacia los alógenos, y las condiciones económicas de los habitantes de las provincias armenias, están en el origen de la cuestión armenia. El tan alabado otomanismo de los Jóvenes Turcos degeneró muy pronto en islamismo e incluso, más tarde, en turquismo. En el Congreso de Salónica (octubre de 1910)⁵, los Jóvenes Turcos reconocieron que la consolidación del nuevo régimen y, más en general, la preservación de la integridad imperial, sólo eran posibles con una condición: la igualdad total y real de derechos para toda la población, sin distinción de nacionalidad o religión. Sin embargo, esta igualdad de derechos se definía según el concepto de otomanismo, que proclamaba la superioridad de las poblaciones musulmanas sobre las no musulmanas y declaraba que el estado se basaba en el elemento turco. En particular, la falta de confianza de los cristianos se utilizó como pretexto para un decreto. El decreto declaraba que los ojos de los cristianos de Rumelia se volvían hacia Bulgaria, Serbia y Grecia, mientras que los de los cristianos de Anatolia se volvían hacia las grandes potencias, especialmente Rusia. Como los cristianos no eran ciudadanos leales del Imperio Turco, sólo podían ser tolerados, y nada más.

Por lo tanto, garantizar la igualdad de derechos y reconocer los intereses particulares y las aspiraciones nacionales de los cristianos significaba crear las condiciones para la propia ruina. Ni siquiera era posible depositar la misma confianza en todas las nacionalidades musulmanas, ya que los árabes y los albaneses seguían cultivando en secreto tendencias separatistas y los kurdos estaban bajo la influencia de la propaganda rusa. Esto dejaba a los turcos como el único elemento de la población en el que el gobierno podía confiar.

Por eso, el Comité de los Jóvenes Turcos y el gobierno turco se propusieron reforzar, en particular, la influencia política y la posición económica de los turcos de Anatolia y Rumelia y, más en general, de todas las demás poblaciones de origen turco. El primer paso en esta dirección fue plantear la cuestión del *muhadjir*⁶. El parlamento de los Jóvenes Turcos asignó una enorme suma de dinero para asentar a turcos y tártaros (“emigrantes” de Bosnia, Bulgaria, el Cáucaso e incluso África y Afganistán) en las provincias donde las nacionalidades cristianas formaban una masa compacta.

Rápidamente se les reservaron las mejores tierras de Macedonia y, en cierta medida, de Armenia. Pero el programa fracasó debido a la manifiesta ineptitud del gobierno turco, totalmente incapaz de organizar nada. Para obtener del parlamento la financiación necesaria para este programa, los Jóvenes Turcos se rasgaron las vestiduras y se golpearon el pecho, lamentando la suerte de los “desgraciados correligionarios que habían venido a vivir, llenos de esperanza, en el gran Imperio Otomano”, pero pronto se olvidaron de ellos, como se habían olvidado de las desafortunadas masas del pueblo turco. Por el contrario, se volvieron hacia los grandes latifundistas feudales e intentaron ganarse su simpatía. Gracias a las generosas contribuciones al comité de los Jóvenes Turcos, y a la promesa de votar por sus candidatos en las siguientes elecciones parlamentarias, los latifundistas se aseguraron el derecho a continuar su aborrecible explotación de las masas trabajadoras. Los propietarios de siervos eran, según los Jóvenes Turcos, el apoyo más seguro para su constitución.

La posición privilegiada concedida a sus vecinos, los kurdos, resultó especialmente desastrosa para los armenios. De hecho, la política hacia los kurdos había cambiado muy poco desde la época de Abdul Hamid. Es bien sabido que Abdul Hamid prestaba especial atención a las tribus kurdas, que eran medio salvajes y a las que veía sobre todo como una salvaguardia contra Rusia. Abdul Hamid había solicitado la

formación de una fuerza de caballería irregular kurda para combatir a los cosacos, que seguían siendo una fuente de gran terror para los turcos. Además, los utilizó (y éste fue quizá su papel más importante) como un arma apuntando a los armenios para, así, controlarlos. Los Jóvenes Turcos siguieron la misma política, porque los kurdos eran el único pueblo que no se había rebelado contra su gobierno. Sabiendo que, durante los dos últimos años, emisarios rusos habían llevado a cabo una importante operación de propaganda entre los kurdos de los distritos fronterizos, los Jóvenes Turcos trataron de no enemistarse con los kurdos para evitar que engrosaran las filas de los descontentos.

Por todas estas razones, los Jóvenes Turcos se vieron obligados no sólo a mantener los privilegios de que ya disfrutaban los kurdos, sino también a reconstituir, aunque con otro nombre, los regimientos *Hamidiye*⁷ que habían sido disueltos tras la proclamación de la constitución. A pesar de las palabras amistosas y las promesas, los Jóvenes Turcos (como ya hemos dicho) tenían poca confianza en el otomanismo armenio, incluso menos que en el de otros pueblos cristianos. Convencidos de que los armenios aprovecharían la primera oportunidad para entablar una lucha activa, los Jóvenes Turcos utilizaron a los kurdos para hacer planear una amenaza permanente frente a los armenios. Por esta razón, ninguno de los autores de los recientes asesinatos ha sido detenido y castigado. El gobierno central respondió a los llamamientos de los representantes armenios culpando a las autoridades locales y, para demostrar su sincera intención de combatir los excesos kurdos, sustituyó a algunos de los gobernadores. En cuanto a las autoridades locales, respondieron que el gobierno central les impedía tomar iniciativas para no enemistarse con los kurdos.

La falta de derechos políticos es una de las causas profundas de la cuestión armenia. Como hemos visto antes, los actos de violencia contra los armenios no se consideran delitos. Sin embargo, algunos actos de violencia han sido llevados ante un tribunal, pero el agresor siempre ha acabado siendo absuelto porque ningún musulmán está dispuesto a testificar contra un correligionario en nombre de un *gavur*. Por otra parte, el testimonio de un cristiano contra un musulmán no tiene ningún valor. Normalmente, la ley no distingue entre musulmanes y no musulmanes. Pero los funcionarios del estado, parte de los cuales el nuevo régimen ha heredado de Abdul Hamid y que, por tanto, proceden de la misma tradición que él, hacían poco caso de la ley. Se negaron categóricamente a reconocer la constitución, sobre todo en las provincias más remotas. En una gran parte de los vilayatos de Anatolia sigue imperando el sistema de ilegalidades y abusos del antiguo régimen. La incorporación de funcionarios del estado es uno de los peores males que afectan a la población y una de las principales causas del colapso del estado turco.

Si pasamos ahora a la situación económica de las provincias armenias, debemos considerar en primer lugar la cuestión agraria. Sabemos que más del noventa por ciento de la población armenia se dedica a la agricultura. Hoy en día, los campesinos armenios están casi totalmente privados de su única fuente de subsistencia. Entre 1894 y 1896, en la época de las masacres, los señores feudales kurdos expropiaron de sus tierras no sólo a los que habían huido al extranjero, sino también a los que se habían quedado. Tras la promulgación de la constitución, los armenios apelaron al gobierno para que les devolviera sus tierras. El gobierno reconoció la legitimidad de su petición y les sugirió que hicieran valer sus derechos ante los tribunales.

Dada la burocracia de los tribunales turcos y la falta de documentos que probaran los derechos de los verdaderos propietarios, la decisión de los armenios de llevar el asunto a los tribunales equivalía a renunciar a sus derechos. Por ello, el patriarca armenio y el partido *Dashnaktsutiun* insistieron en una solución administrativa del problema y, tras muchas vacilaciones, el gobierno de Said Pachá decidió aceptar su propuesta. Incluso

nombró una comisión encargada de llegar a un acuerdo para resolver el problema de la tierra en las regiones afectadas. Pero, cuando la comisión aún no había abandonado Constantinopla se supo ya que se habían producido nuevas expropiaciones de tierras armenias por parte de latifundistas feudales. Si a todo esto añadimos el escandaloso sistema fiscal, las confiscaciones y las exacciones de todo tipo que agobian a los armenios, podemos preguntarnos por la capacidad de aguante de este pueblo y cómo es que todavía no ha hecho un gesto desesperado para escapar de esta situación de pesadilla.

Sin embargo, sería un error sostener que la introducción de la constitución no supuso ningún cambio en las terribles condiciones de vida de los armenios. Al principio, los representantes del antiguo régimen y los camorristas profesionales todavía no sabían cómo enfrentarse al nuevo régimen y parecían confundidos por él. Los armenios pudieron respirar un poco más libremente, sobre todo en los centros urbanos. En poco tiempo se abrieron círculos políticos, bibliotecas y salas de lectura, y el número de escuelas armenias, iniciativas filantrópicas de todo tipo y sociedades educativas, aumentó considerablemente. Pero, en conjunto, los armenios seguían siendo los *gavurlar* que siempre habían sido: personas con las que los turcos y los kurdos podían hacer lo que quisieran. La amenaza de terribles masacres sigue cerniéndose sobre los armenios, y ni siquiera los que viven en la capital pueden escapar.

El año pasado, cuando la lucha entre el Comité de Unión y Progreso y la Unión Liberal⁸ había llegado a tal punto que se temía un conflicto abierto, algunos turcos amigos de los armenios sugirieron que estos últimos tomaran medidas defensivas para evitar otra masacre. A primera vista, se podría pensar que no hay ninguna relación entre una lucha entre dos partidos turcos y la masacre de armenios, pero los armenios han llegado a la conclusión de que cada acontecimiento importante en la vida social de Turquía trae consigo una masacre de armenios.

- El año que viene habrá una masacre aquí, me dijo un influyente representante armenio en Constantinopla.

- ¿Por qué teme eso?, le respondí.

- ¿Cómo que por qué? ¿Ha olvidado usted que el año que viene se abrirá el Canal de Panamá?

En primavera circularon rumores en Constantinopla de que la embajada francesa había recibido información de su consulado en Erzurum sobre la masacre de armenios en la ciudad. Acudí inmediatamente a la embajada francesa en compañía del Sr. P., diputado por Erzurum. Nos aseguraron que el rumor era totalmente infundado. “¿Qué importa ahora”, dijo, “si la embajada desmiente o no el rumor de la masacre? Lo realmente trágico es que puedan circular noticias así y que nos las creamos”.

Después de todo lo dicho, quedan las siguientes preguntas: ¿qué se puede hacer para mejorar las condiciones de los armenios en las provincias turcas? ¿Puede el gobierno turco resolver el problema armenio por sí solo?

En lugar de responder a estas preguntas, prefiero darles la opinión de un conocido miembro del partido Dashnaksoutioun, que conoce bien Turquía, su estado y sus dirigentes políticos.

- Probablemente éramos más Jóvenes Turcos que Jóvenes Turcos. Estábamos tan interesados como ellos en consolidar el nuevo régimen. Por otra parte, muchos estaban decepcionados y la pérdida de confianza entre los individuos repercutió en el régimen. Creímos en ellos o, mejor dicho, quisimos creer en ellos, porque nos dimos cuenta de que la constitución era la última esperanza para una Turquía independiente. Pero también nosotros, aunque más tarde que otros, acabamos decepcionados. Y nuestra decepción fue aún mayor, y nuestra pérdida de confianza más fundamentada, porque era el resultado de una larga observación y experiencia. Ahora puedo decir, con toda franqueza, que ya no

espero nada de la constitución turca. El gobierno turco, sea cual sea su composición, sólo puede hacer promesas. Pero las promesas de los turcos ya no tienen ningún valor y, a partir de ahora, cualquiera que se dirija al gobierno turco exigirá garantías sólidas. Como los turcos no pueden ofrecer ninguna garantía, corresponde a Europa iniciar las reformas en Macedonia, Albania o Armenia. Por tanto, tendrá que abandonar sus habituales medias tintas y decidirse a administrar una cura drástica al paciente. Porque sin cirugía no se conseguirá nada.

Estas palabras, pronunciadas hace seis meses, han resultado proféticas. Europa había dedicado el párrafo 23 del Congreso de Berlín a Macedonia y el párrafo 61 a Armenia. Estos párrafos contienen compromisos de reformas en ambos países. Y aunque Europa se reservó el derecho de verificar la aplicación de estas reformas, pasaron los años y la situación en las provincias mencionadas empeoró. Hubo revueltas sangrientas, porque se dejó a Turquía las manos libres para llevar a cabo las reformas. Lo mismo ocurrió con el memorándum de 1895⁹ presentado por los representantes de Rusia, Gran Bretaña y Francia y aceptado por la Sublime Puerta. En lugar de las grandes reformas prometidas en el memorándum, una nueva oleada de masacres (perpetradas precisamente en las localidades visitadas por Sakir Pachá, el alto comisario encargado de supervisar la introducción de las reformas) se abatió sobre los armenios. Las potencias europeas sufrieron un fiasco similar en Macedonia, donde se iba a formar una gendarmería macedonia bajo el mando de un general italiano, porque allí también el alto comisario, Hilmi Pachá, era un representante del gobierno turco.

Tras la proclamación de la constitución, los turcos crearon comisiones de reforma cuya actividad se limitaba a reuniones administrativas celebradas en el Bósforo. Al final, Macedonia se ha revelado como el talón de Aquiles del estado turco. Para Turquía, la derrota actual sólo representa una amputación parcial, ya que Macedonia no es más que una extremidad de Turquía.

Para los armenios las cosas son completamente distintas. Hace dos años, un político turco me dijo:

- Cuando los parlamentarios de hoca¹⁰ amenazaron con lanzar una campaña contra Grecia en defensa de Creta, demostramos que habíamos perdido el contacto con la realidad. ¿Qué significa Creta para nosotros? Al fin y al cabo, la perdimos hace mucho tiempo, pero seguimos creando problemas por ella. Nuestro futuro está en Asia. Si hubiéramos comprendido esto a tiempo, si hubiéramos despojado a nuestra política de todo romanticismo, si hubiéramos concentrado nuestras fuerzas en el trabajo constructivo en Asia Menor, no estaríamos donde estamos hoy. No nos habríamos convertido en una *quantité négligeable*¹¹ a la que nadie presta la menor atención.

Un importante diputado, que eligió vivir en Scutari¹², frente a Constantinopla, me confió cuando estalló la guerra tripolitana:

- Ya me he trasladado a Asia, porque de todos modos pronto nos van a echar de Europa. Si este gobierno tuviera sentido común, seguiría mi ejemplo. Asia Menor es el verdadero hogar de Turquía, su único hogar.

- Los armenios han dejado de creer en las promesas de los turcos o de Europa y exigen garantías sólidas. Pero, ¿qué forma pueden adoptar? ¿Y cómo pueden las grandes potencias garantizar la aplicación de las reformas si no asumen la responsabilidad principal de las mismas?

- Y como saben, esto significa una ocupación “temporal” de las provincias que deben reformarse. “Temporal” no es más que uno de los términos técnicos del léxico de la diplomacia. Y no conocemos ningún caso, en nuestra época, de un ejército de ocupación que no haya permanecido durante mucho tiempo en un territorio ocupado. Hasta ahora, la cuestión oriental se ha resuelto mediante estas ocupaciones, y así es como Turquía ha

perdido una posesión tras otra. ¿Existe hoy alguna garantía de que, tras la ocupación de Armenia, no haya que “ocupar” otras provincias de Asia Menor, como Mesopotamia, Siria, Cilicia o Arabia?

- Sin duda, las grandes potencias no ven con buenos ojos una ocupación de Armenia por Rusia, por ejemplo, y seguramente no podrán abstenerse de pedir “compensaciones”. Ya se dice abiertamente en círculos diplomáticos que, una vez expulsados los turcos de Europa, en el plazo de unos meses, la división de la Turquía asiática estará inevitablemente al orden del día. El traslado masivo de turcos de la Turquía europea a Asia Menor sólo puede complicar la situación de ciertos pueblos que llevan mucho tiempo esperando una mejora de sus condiciones de vida. Si las reformas no se aplican de inmediato, es casi seguro que se produzcan disturbios en Asia Menor. Turquía no puede hacer frente a semejante empresa, por lo que la intervención europea parece inevitable. Sería una intervención destinada a evitar que la Turquía asiática se convirtiera en otra amenaza para la paz en Europa. Representaría una primera oportunidad favorable para completar la división de los dominios turcos en Asia.

Son muchos los que creen que el mapa de esta división puede trazarse hoy mismo.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ El gran enfermo. Así se llamaba al Imperio Otomano en la segunda mitad del siglo XX. Además de esta expresión, se utilizaron las siguientes: “el enfermo de Europa”, “el enfermo del Bósforo” y “el enfermo de Oriente”. Se supone que esta expresión fue utilizada por primera vez en 1853 por el zar Nicolás I durante un coloquio con el embajador británico George H. Seymour en el que se discutió el plan ruso de dividir el Imperio Otomano entre Rusia y Gran Bretaña.

² En francés en el original. “Carta blanca”.

³ La masacre de los armenios en Turquía (1894-1896). La cuestión armenia tomó su forma actual con el Tratado de San Stefano (1878). Rusia, que esperaba anexionarse toda Armenia, recibió de Turquía la garantía de que las reformas exigidas por la población local se llevarían a cabo sin demora en las provincias habitadas por los armenios. Al mismo tiempo, Turquía garantizó la protección de los armenios contra los kurdos y los circasianos (art. 16). Estaba implícito que la potencia que controlaría la aplicación de esta parte del acuerdo sería la propia Rusia. Naturalmente, siendo plenamente consciente de que esta aplicación conduciría a un protectorado ruso en Armenia, Inglaterra se opuso. Para evitar tal resultado, el 4 de junio de 1878 el gobierno británico firmó un convenio con Turquía, cuyo artículo 1 establecía: “Si Rusia intentara en cualquier momento ocupar cualquier parte del territorio del Sultán en Asia Menor... Inglaterra se compromete a intervenir junto al Sultán para defender dicho territorio por la fuerza. Asimismo, el Sultán se compromete ante Inglaterra a introducir las reformas necesarias (que se definirán próximamente) relativas a la organización administrativa y a la defensa de los cristianos y demás súbditos de la Sublime Puerta que habitan los territorios en cuestión”. Inglaterra aprovechó la situación y obtuvo importantes compensaciones: “Además, con el fin de proporcionar a Inglaterra los medios necesarios para cumplir sus compromisos, el Sultán declara que concederá a Inglaterra la ocupación y la administración de la isla de Chipre”. Durante el Congreso de Berlín, el artículo 16 del acuerdo de San Stefano se incluyó (art. 61) en el Tratado de Berlín, pero se añadió que Turquía se comprometía a introducir reformas en Armenia y a “informar periódicamente a los estados que supervisarán la aplicación de las medidas adoptadas”. Desde este punto de vista, Inglaterra era la potencia más interesada en introducir reformas en Armenia, a través de las cuales pretendía crear un

baluarte eficaz contra la expansión rusa. Por el contrario, el gobierno ruso se opuso resueltamente a las reformas, entre otras cosas porque cualquier mejora de las condiciones de los armenios en Turquía habría provocado inevitablemente reivindicaciones similares en Transcaucasia, donde la población vivía bajo una opresión zarista que no era mejor que la del sultán. Sin embargo, las intrigas de las potencias imperialistas no fueron la única razón de los disturbios que estallaron en Turquía entre 1894 y 1896 y que le valieron a Abdül Hamîd el merecido apodo de “Sultán Rojo” por la sangrienta represión que desató. La situación de la población armenia de Constantinopla (excluida, por supuesto, la rica burguesía armenia que gozaba de importantes privilegios) era extremadamente difícil. Y para los armenios de los vilâyet orientales y la mayoría de los campesinos pobres, era tres veces más difícil. En primer lugar, como armenios, debido a la fuerte hostilidad hacia ellos por parte de los turcos y, en particular, de los kurdos; en segundo lugar, como campesinos que sufrían duras atrocidades a manos de los pachás, los beys y sus agentes (en aquella época, Turquía tenía un sistema de recaudación de impuestos mediante subasta); y, en tercer lugar, como súbditos de Abdül Hamîd, que había instaurado un régimen de violencia y arbitrariedad generalizada. Todo comenzó en el verano de 1894 con el levantamiento de Sasun. A principios de agosto 1894, la población armenia de los pueblos de la provincia de Sasun [vilâyet de Bitlis, entre Diyarbekir y el lago Van] se negó a pagar las contribuciones impuestas por los kurdos. Hubo enfrentamientos armados. Las tropas regulares acudieron en ayuda de los kurdos y *comenzó la represión* de la insurrección. Del 12 de agosto al 4 de septiembre de 1894, toda la provincia de Sasun fue incendiada. Treinta pueblos fueron quemados, entre 7 y 8 mil personas murieron y decenas de miles quedaron sin hogar. El comandante de las tropas (gobernador) de la provincia de Bitlis, el mariscal Sekki Pachá, fue condecorado con la Orden de Imtyaz como recompensa. El levantamiento de Sasun marcó el inicio de una acción feroz por ambas partes: convencido de que era imposible que las *potencias*, debido a sus disensiones, presentaran un documento que fuera más allá del memorándum, el gobierno del Sultán “decidió resolver la cuestión armenia suprimiendo a los armenios”. Las organizaciones armenias (Hetchak, etc.), alentadas por los discursos belicosos de los estadistas británicos (John W. Kimberley, Robert A. Salisbury), decidieron emprender acciones contundentes. El 30 de septiembre de 1895, tras informar a los embajadores extranjeros, los comités armenios de Constantinopla organizan una manifestación con el objetivo de obligar a las potencias extranjeras a ocuparse de la cuestión armenia y reavivar así el espíritu de las Cruzadas. Disparos provocadores contra un oficial turco desencadenan la represión de la manifestación y una terrible matanza de armenios en Constantinopla. La represión duró del 30 de septiembre al 2 de octubre y del 8 al 9 de octubre, con muertes casi exclusivamente entre los sectores más pobres de la población armenia. El 8 de octubre, un enfrentamiento entre armenios y turcos causa entre trescientos y cuatrocientos muertos. El 20 de octubre de 1895 se publica un *irade* que ofrece una serie de garantías a los armenios y provoca una contraofensiva de elementos reaccionarios que difunden entre los musulmanes rumores de inminentes masacres de turcos a manos de armenios. Todo el territorio de la Armenia turca fue devastado por una oleada de pogromos contra los armenios. En pocos meses, varias ciudades y pueblos se convirtieron literalmente en un montón de ruinas: se cuenta con 3.000 personas asesinadas en Diyarbekir, 4.000-5.000 en Erzurum; hubo pogromos en Mus, Bitlis, Harput, Sivas, Kayseri (Cesarea) y Malatya. Otros pogromos tuvieron lugar del 15 al 25 de junio de 1896; las ejecuciones se llevaron a cabo en la región de Van, donde la masacre fue dirigida por el mariscal Sa'adeddin Pachá, que había venido expresamente de Constantinopla y a quien el sultán confirió la orden Osmaniye por esta acción. Las organizaciones armenias se mostraron frívolas e impotentes. Sólo consiguieron organizar una acción espectacular como la ocupación del Banco Otomano. El 26 de agosto de 1896, veinte hombres armados con pistolas irrumpen en el banco, toman como rehenes a más de cien empleados y controlan la situación durante unas horas. El banco fue rápidamente rodeado por las tropas turcas. Los armenios se rinden a cambio de inmunidad diplomática. Fueron embarcados con destino a Francia. El asunto del Banco Otomano provocó una feroz represión, cuya principal víctima fue la población del barrio armenio de Hasköy en Constantinopla: durante dos días (27-28 de agosto), una multitud de turcos lo devastó. Esta acción causó un gran número de víctimas, cerca de 6.000 en ambos bandos. La masacre de Hasköy selló los pogromos antiarmenios del periodo 1894-1896.

⁴ Adana. La principal ciudad de la provincia homónima de Turquía, situada al sur del país, en Clicia, albergó una colonia armenia llegada de la Armenia turca a mediados del siglo XX. Las relaciones entre turcos y armenios allí eran serenas, una serenidad que ni siquiera se vio sacudida por las masacres turco-armenias entre 1894 y 1896. Sin embargo, a principios de 1909, la situación empeoró repentinamente. Bajo la influencia directa o indirecta del gobierno ruso, los provocadores difundieron rumores de pogromo entre los armenios, incitándoles a armarse. Mientras tanto, los reaccionarios turcos (por ejemplo, agentes de los “Comités Muhammad”, una organización reaccionaria del bajo clero) difundieron entre los turcos noticias falsas sobre una revuelta armada armenia contra los musulmanes. Así, entre el 14 y el 17 de abril, al día siguiente del golpe de estado contrarrevolucionario de Abdül Hamîd, tuvo lugar en la provincia de Adana un sangriento enfrentamiento entre turcos y armenios en el que, según cifras oficiales, murieron 17.000 armenios y 850 musulmanes.

⁵ Congreso de los Jóvenes Turcos en Salónica. Tuvo lugar en el otoño de 1910, al mismo tiempo que el comienzo de las sesiones del parlamento turco, y prácticamente dirigió sus trabajos. El congreso se desarrolló en el más absoluto secreto y prácticamente nada se publicó en la prensa, salvo los siguientes órdenes del día: 1) Educación pública; 2) Relaciones entre el Comité y las secciones parlamentarias de “Unión y Progreso”; 3) Minorías nacionales. Además, se publicó la composición del Comité Central del Comité “Unión y Progreso”, con Aci-Adil-Bey como secretario general y 6 miembros: Nâzım, Eyüb-Sabri, Ömer-Hacı, Ziyâ, Sabri y Neycal-Chükri-Bey.

⁶ La cuestión de los muhadjir. El flujo de muhadjir (refugiados musulmanes) hacia el territorio del Imperio Otomano comenzó en el siglo XV bajo la presión de la expansión rusa hacia el mar Negro y aumentó en el siglo XX a medida que se reducía la extensión del imperio. Entre 1854 y 1876, 300.000 tártaros de Crimea se refugiaron en el imperio, además de miles de tártaros de Nogai y Kuban y, al parecer, otros 500.000 musulmanes del Cáucaso. La crisis de los Balcanes de 1875-1876 y la guerra ruso-turca provocaron un nuevo éxodo de musulmanes de Rumanía, Serbia, Bulgaria, Montenegro y las provincias caucásicas de Kars y Ardahan, lo que hizo un total de un millón y medio de refugiados de los Balcanes en Anatolia después de 1876 y, además, 500.000 circasianos entre 1881 y 1914. En total, habría entre dos y tres millones de refugiados procedentes de los Balcanes y del imperio ruso entre mediados del siglo XIX y 1914. Cf. *Histoire de l'Empire ottoman* sous la direction de Robert Mantran, Fayard, París, 1989, páginas 488, 544-546.

⁷ Literalmente “los hombres del Sultán”. Cuerpo de caballería reclutado entre los kurdos del Imperio Otomano. De 1892 a 1896, los *Hamidiye* se distinguieron durante la violenta represión contra los armenios.

⁸ La Unión Liberal. O más exactamente “Partido de la Entente Liberal (Hufriyet ve iti laf firkasi). Fue creado tras la represión del golpe de estado contrarrevolucionario del 13 al 27 de abril de 1909. Se trataba simplemente de un nuevo nombre para establecer un vínculo entre los miembros del partido ahrar (liberales) que se habían comprometido aliándose con el Sultán. Este partido era el heredero directo de las posiciones del príncipe Sabaheddin y de su programa de “descentralización política” basado principalmente en los intereses del capital extranjero, de los círculos burocráticos y feudales y de los armadores greco-armenios (pero también en la profunda aspiración a la autonomía de las minorías nacionales), detrás de los cuales estaban las potencias imperialistas. Además, la Entente Liberal era el punto de coagulación de todos los elementos que, por una u otra razón, estaban en conflicto con el Comité de Unión y Progreso, entre ellos un número importante de miembros desafectos a este comité y elementos del subproletariado financiados por el Sultán. La Entente Liberal libró una lucha continua contra los Jóvenes Turcos y llegó al poder durante un breve periodo (22 de julio de 1912-23 de enero de 1913). Con el apoyo directo de Gran Bretaña, en 1918, después de la [Primera] Guerra Mundial, cooptó a los ittihadistas e intentó aplastar el naciente movimiento de Mustafá Kemal en Anatolia, pero la victoria de este último lo destruyó definitivamente.

⁹ El Memorándum de 1895. El 11 de mayo de 1895, utilizando como pretexto los acontecimientos de Armenia y deseando someter a Turquía a su control, las grandes potencias presentaron a la Puerta, a través de sus plenipotenciarios, un memorándum sobre la cuestión armenia. Este memorándum se refería directamente al art. 61 del Tratado de Berlín y exigía la introducción de las siguientes reformas: la elección de valies (gobernadores) bajo el control de las potencias; un sistema fiscal definido con precisión; el reclutamiento de oficiales de gendarmería entre todos los sectores de la población sin excepción; el control y la limitación del nomadismo de las tribus kurdas. Este memorándum fue rechazado por Turquía que, en una nota fechada el 3 de junio de 1895, declaraba que “cualquier control europeo amenazaba la soberanía del Sultán” y hacía una propuesta a cambio que fue a su vez rechazada por las grandes potencias. Las sucesivas negociaciones concluyeron con una irade del Sultán, que establecía una serie de garantías a favor de los armenios. Sin embargo, en realidad no se encontró ninguna solución a la cuestión armenia y la masacre de armenios continuó hasta el otoño de 1896.

¹⁰ Ricos dignatarios.

¹¹ En francés en el original. “Cantidad despreciable”.

¹² Üsküdar, barrio de Estambul en la costa asiática del Bósforo. Scurati era su nombre en griego en la época bizantina.